

Hace diez u once años, en "La vestida de rojo" (The woman in red), con Gene Raymond, entre los azarosos profesionales de las carreras de caballos, Bárbara se debatía contra la calumnia y la sospecha, para salir triunfante.

Más cerca de nosotros, en "La contraseña" (This in my affair) la vemos actuando con su marido, Robert Taylor, siendo pieza esencial de una intriga por medio de la cual el propio presidente Theodor Roosevelt elimina un foco de bandidaje.

Y continúan los ambientes sórdidos: el deportivo que rodea el cuadrilátero de Madison Square —"Sueño dorado"—; el de los fulleros que infestan los sudexpresos de lujo —"Las tres noches de Eva"— y el de las chicas de conjunto —"Bola de fuego"—.

Siempre envuelta en las más graves tropelías y siempre triunfante. Nunca la hemos visto como "ingenua", porque es papel que no le conviene. Pero tampoco es una perversa ni ha caído en ese lugar común tan cinematográfico de la vampiresa. La Stanwyck no conquista a los hombres con su pestañeo: gusta de ser cortejada, conquistada por el "partenaire" de turno. Debajo del maquillaje y de la teoría de gestos que el guión impone, siempre palpita con olor y calor de vida, la mujer.

Y una mujer dinámica, desbordante de simpatía, menuda aun dentro de su tipo tan americano. Así la hemos admirado en "Por otro querer", "La esposa de su hermano" y "Una gran señora".

Suele el cine tener sus modas, y de estos vaivenes depende su constante vigencia. Los directores andan a la caza de nuevos descubrimientos, que se nos dan cada día, procurando aumentar nuestra insaciable curiosidad, verdadera concupiscencia de los ojos. Y sin embargo, hay tipos cinematográficos logrados, que sólo determinadas personas pueden encarnar. Bárbara Stanwyck se ha incorporado a un tipo: la mujer que lleva en alto su feminidad, mientras cruza entre gentes cuya frivolidad o vida desarreglada no puede encubrir del todo su pesadez de grey bovina.

LORENZO ESTÉVEZ

EL VALOR DE SPENCER TRACY

Cuando un director enfrenta un hombre con un niño, hay una mayoría de público que se encoge de hombros. ¡Bah! ¡Eso no es más que sentimentalismo! Se rehuye el verter lágrimas —a hurtadillas, por supuesto— ante la pantalla. Hay quien prefiere reír y hasta cavilar con las películas. La vida —alegan— nos da ya, naturalmente, demasiados acíbares para que el cine haga también lo propio. Como si el cine, el buen cine, no fuera un espejo fiel de la vida en todos sus aspectos.

Sin embargo, contamos con una minoría que prefiere este pálido sufrimiento de cinema, cuando es de buena ley, sencillamente para revivir el placer de recordar que aún podemos llorar de compasión y de sentimiento.

Tracy empezó a ser un galán más. Pronto aprendió un papel, mucho más difícil en el cine que en la vida misma: a sacrificarse. Y como de la mano, se trasladó al terreno cinematográfico de la amistad. Se ha abusado y se sigue abusando del amor en la pantalla. Y la amistad es una aventura humana casi tan hermosa como el amor, cuando no lo es más. Ahí están *Capitanes intrépidos* y *San Francisco*, por no citar más que dos películas, dos grandes películas.

Ultimamente, Spencer Tracy ha encarnado un tipo difícil: el de sacerdote. Claro que siempre lo ha tratado desde el lado americano. Para nosotros es todavía bastante extraño el cura boxeador de *San Francisco* y aun el Padre Flanagan. Pero sólo extraño. La misión sacerdotal y apostólica se salvan en ambos casos con un respeto y una pureza esenciales.

No vamos a añadir que Tracy es sobrio, ni a criticar que se muerde excesivamente los labios. Su rostro en el primer plano deslumbrante nos aparece bueno, ilumi-

nado por la fe y lleno de esa virtud tan admirada y practicada por el pueblo americano: la energía. No la bondad mansa que puede malearse en doblez, sino la fortaleza del hombre que se cree justo.

Hoy, los galanes de cine no son arquetipos, ni cierran un ciclo. La mujer, desde su butaca, puede admirar el perfil o la mirada de éste y aquél galán. Pero hombres enteros como Tracy no cautivan la vista —primordial sentido de aprehensión del cine—, sino que se instalan en el corazón.

Esperamos todavía mucho del aplomo de Tracy. No es su madurez la cínica de un Charles Boyer, que a pesar de lo mucho que lleva rodado en Hollywood, no ha perdido sus muecas bucales del vaudeville. Es esa plenitud del actor consagrado, que si en algo se prodiga es en derramar simpatía.

Y, ante esos chicos tan grandes actores ¡qué bien se comporta! Es difícil mantener el empaque ante un Freddie Bartholomew o un Rooney, herederos de los Cooper y Coogan de tiempos atrás.

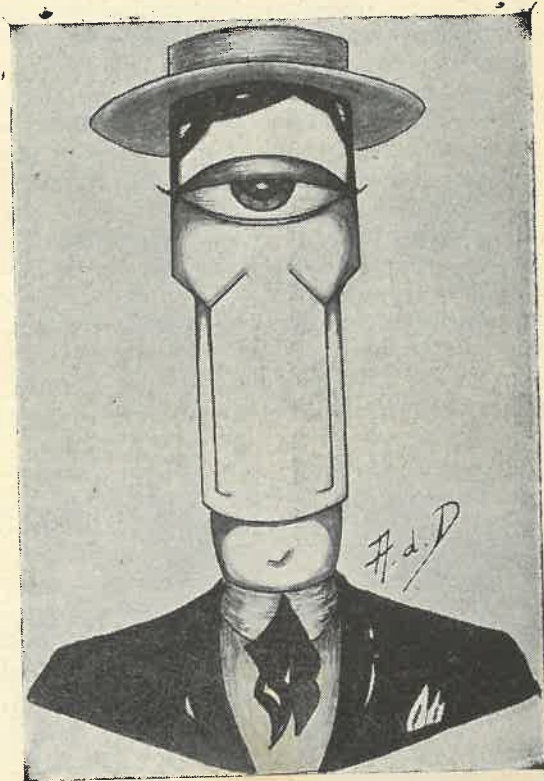
Aficionado, buen aficionado: No dudes ante las películas de Tracy. A veces conviene lagrimear en la oscuridad del cine, porque afuera hay demasiada luz, y muy cruda, para transparentar lo que se siente.

LORENZO ESTÉVEZ

RECUERDO DE BUSTER KEATON

¿Dónde estás ya, "Pamplinas"?
¿Qué nos queda de ti en la
niebla grisácea de tu recuerdo?

Fuiste la transición de un sistema de risa. Habíamos reído con la constante peripecia de "Tomásín" y Harold Lloyd. Después, el gran "Charlot" nos había dado el gesto preciso del humorismo trágico. "Charlot" nos hizo reír porque éramos jóvenes y bulliciosos; pero también nos abrió el surco de una lágrima honda, porque éramos sensibles. Fué muy triste algunas veces la gracia de Chaplin... Pero llegaste tú para decirnos que la risa también brota cuando la seria ingenuidad tropieza con el mundo áspero y anguloso. Eras el tonto serio que hace reír a fuerza de chocar inútilmente con la vida. Y tú no eras ni bueno, ni malo; ni alegre, ni triste. Eras un hombre sin pena ni gloria, como criatura recién salida del Limbo. Tu seriedad hierática y petrificada fué un punto más, un hito en el camino de la risa cinematográfica... Después vinieron otros a sustituirte. Otros llegaron para cubrirte con esa capa de ceniza que sepulta en vida a las estrellas del cinematógrafo... Pero nosotros queremos recordarte hoy con aquel remoque de "Pamplinas" que tan bien expresaba tu esencia de celuloide. —



GONZALO M. VIVALDI